



Movimientos sociales

¿Hacia dónde marcha el país?

Por: Mauricio Archila¹ y Martha Cecilia García²



En días recientes El Tiempo publicó en primera página el titular “Un país de 1.100 marchas al año”, lo que para 2008 daba un promedio nacional de tres por día (El Tiempo 8, marzo, 2009, I-1 y I-3). Por su parte, la Base de Datos de Luchas Sociales del Cinep arroja unos guarismos menores –719 para el año pasado–, pero coincide en la tendencia al aumento de la conflictividad social en los últimos años³. Aunque con distinto signo político, las recientes protestas muestran los conflictos de nuestra sociedad. Por eso, interesa escrutar su significado.

Rasgos de coyuntura

Antes de realizar este análisis conviene advertir los elementos que marcan la coyuntura de los actores sociales, que a nuestro juicio son tres interconectados: lo electoral, la violencia y el contexto internacional.

Para bien o para mal, la actual coyuntura nacional está marcada por el debate electoral que ya está en juego, y dentro del cual resalta la eventual reelección de Álvaro Uribe Vélez. Aunque se da por descontado que él buscará la reelección inmediata, no ha sido claro en confesarlo y menos es seguro que logre superar los escollos legales para llegar a las urnas en 2010. Esta ambigüedad tiene en ascuas a todo el espectro político, desde la derecha hasta la izquierda.

El conflicto armado sigue siendo otro elemento que marca la coyuntura colombiana, como ocurre desde hace por lo menos 25 años. En los últimos meses, lo que ha conmovido al país tiene que ver con la extradición de los jefes paramilitares, que garantiza su impunidad y la de quienes los apoyaron en lo que respecta a crímenes de lesa humanidad, mientras deja trunco el proceso de verdad, justicia y reparación de las víctimas. A ello se sumaron los “falsos positivos”, que pasaron de ser casos aislados a convertirse en una práctica extendida en las fuerzas armadas para mostrar resultados militares. De otro lado, hechos positivos como la liberación por parte de las FARC de seis secuestrados a inicios de febrero de este año, son oscurecidos por atentados urbanos y masacres como la ocurrida poco tiempo después contra los indígenas Awá de Nariño.

Por último, el escenario mundial marca cambios que repercuten en nuestra sociedad. Así, el ascenso de Barack Obama a la presidencia de Estados Unidos es significativo por tratarse de su primer Presidente afrodescendiente y por los mensajes favorables a una política global de derechos humanos y críticos de los TLC, al menos con Colombia. La izquierda latinoamericana, a su vez, gana un nuevo gobierno en El Salvador con el triunfo del candidato del FMLN. En conjunto, Uribe Vélez pierde a su mejor aliado internacional aislándose más de los vientos transformadores del subcontinente, por lo que debe comenzar a nadar contra la corriente no solo en temas humanitarios sino económicos. Y es precisamente la crisis económica global el otro aspecto que impacta a nuestra sociedad con sus secuelas de recesión, desempleo y aumento de la pobreza.

Tendencias y sentidos

Hecho este breve recuento de los elementos que marcan la actual coyuntura colombiana, veamos las tendencias de la movilización social para entender para dónde marcha el país.

Algo que no se percibe en las distintas estadísticas de la protesta, pero que surge de una mirada cuidadosa de sus tendencias, es la visibilidad que logran actores y movimientos que se insertan en espacios simbólicos entre la cultura y la política. Lo más notorio a finales del año pasado fue la gran marcha indígena –“la minga de los pueblos”– desde sus territorios hasta la capital. Si bien según nuestros datos los indígenas adelantaron solo 21 protestas el año pasado, en contraposición a 284 de los pobladores urbanos, 146 de los asalariados, 89 de los estudiantes y 71 de los trabajadores independientes, la aludida minga fue una de las luchas más significativas en el contexto colombiano. La articulación de demandas étnicas con otras comunes a distintos sectores subalternos produjo una amplia movilización a la que se sumaron pobladores urbanos, sindicalistas, afrodescendientes, feministas, campesinos y estudiantes, conformando mingas por sectores sociales. Así, al lado de la “liberación de la

madre tierra”, de demandas al Estado por cumplimiento de los acuerdos previos y de rechazo de la legislación de “despojo” –como el recientemente enterrado Estatuto Rural–, la “minga de los pueblos” llamaba a oponerse al TLC y a la violencia contra la población civil. Dado que el gobierno ha sido reacio a la negociación, la minga continúa y prepara nuevas movilizaciones.

Menos notoria en los medios, pero más insistente en la cotidianidad, ha sido la cantidad de acciones emprendidas a lo largo del país por las víctimas del conflicto armado –especialmente las mujeres– en pos de verdad y justicia. En efecto, el tema de los derechos humanos sigue ocupando el primer lugar en términos de demandas, con 139 protestas en 2008 –de ellas, 66 clamaban por el respeto de la vida–⁴. El acto simbólico del 6 de marzo, aunque no tuvo las magnitudes de las movilizaciones de principios del año pasado, mostró que las víctimas del conflicto armado no cesan en su lucha. En ello reciben aliento desde la corriente de opinión llamada “Colombianos y colombianas por la paz” (CCP) liderada por la senadora Piedad Córdoba. Cansados de la guerra y empeñados en buscar una salida política que comience por el Acuerdo Humanitario, más de 150.000 ciudadanos han realizado un ejercicio epistolar con la dirigencia de las FARC, y recientemente con la del ELN, que dio como resultado las liberaciones de secuestrados a comienzos de febrero⁵.

CCP no es un movimiento político. De hecho, hay pluralidad de posiciones en su seno. Es una red de ciudadanos que reivindican por encima de todo el respeto por la vida y buscan humanizar el conflicto armado con la mira futura de superarlo. Animados por estos pequeños logros humanitarios, sectores sociales como los indígenas del Cauca han enviado a la dirigencia insurgente cartas de similar tenor.

Otros movimientos de opinión que agitan temas simbólicos incluyen a los promotores del referendo porque el agua sea considerada un derecho básico y se garantice su acceso a toda la población, así como quienes se oponen al intento oficialista de penalizar el consumo de drogas alucinógenas. Sendas marchas en marzo así lo refrendaron. Podemos incluir también otro evento que no recibió mucha atención mediática, pero que marcó la lucha de muchos actores sociales por la recuperación de la memoria histórica: la conmemoración de los 80 años de la masacre de las bananeras, con epicentro en Ciénaga, a comienzos de diciembre del año pasado.

El paso a lo local



Fotografía: Equipo Inversión para la Paz

Al lado de estas acciones que tocan las políticas culturales y las culturas políticas del conjunto de la sociedad, cuantitativamente resaltan las movilizaciones por asuntos locales con repertorios modulares, que se repiten aquí y acullá⁶. Nos referimos a protestas en el ámbito municipal por demandas específicas relacionadas con la organización de

la vida urbana, como por ejemplo con el transporte masivo, medidas de pico y placa y control al mototaxismo, entre otras. Llama la atención igualmente el uso de repertorios como la movilización y el bloqueo de vías, que terminan afectando la movilidad urbana, máxime cuando se impide la circulación de los buses articulados por demandas que no siempre tienen que ver con ellos⁷. Si bien se trata de luchas locales, en algunos casos, como el de Bogotá, adquieren un rasgo político, pues se trata de una alcaldía del PDA, lo que hace que muchas protestas que ocurren en la capital se inscriban en la disputa por el poder local, regional y nacional.

La política tampoco está ausente en las innumerables marchas, a veces derivadas en disturbios, de los inversionistas de las famosas pirámides, en especial de la “familia DMG”. Con una ruda retórica, que a veces retoma viejas consignas de la izquierda –“el pueblo unido jamás será vencido”–, se enfrentan al establecimiento pidiendo la liberación de sus líderes o la devolución de sus dineros. Aunque no es propiamente un movimiento social –bien sabemos que no todo lo que se mueve es movimiento social– sí constituyen una expresión de inconformidad ciudadana que es menester considerar.

La aparición de la política, aún en las marchas más particulares y locales, nos lleva de nuevo al tema inicial: la creciente polarización que vive el país en torno a las próximas elecciones. De ello no están ausentes los movimientos sociales y sus frentes electorales, como se plasmó en los recientes congresos de la ASI y del PDA. Aunque pueda sorprender que algunos radicales dirigentes de la minga adhieran a Sergio Fajardo, o que el fogoso senador Petro, aliado con curtidos líderes sociales, busque una candidatura de centro, en realidad todo ello hace parte del juego político al que el país se ve abocado por la posible reelección de Uribe Vélez. Actores sociales y líderes de izquierda se debaten entre el pragmatismo y la apelación a los principios, entre priorizar la lucha reivindicativa o la electoral, entre la acción social y la acción política, cuando la movilización ha mostrado que no son posiciones excluyentes. Por esa vía se reviven algunos debates estériles en el seno de la izquierda, que amenazan con la precaria unidad conseguida en los últimos tiempos. Nunca antes la izquierda social y política colombiana había estado en condiciones reales de llegar al poder y de acabar por la vía política el conflicto armado que nos desangra, pero se corre el riesgo de que de nuevo se posponga este anhelo y triunfe el pasado. Sólo nos resta esperar que las lecciones de unidad y de convergencia socio-política que nos dan las recientes protestas tracen el camino para enderezar la marcha de este país.

¹ Historiador, Profesor Titular de la Universidad Nacional e Investigador Asociado de Cinep.

² Socióloga, Investigadora de Cinep.

³ Como El Tiempo no señala las fuentes consultadas no sabemos de donde saca las cifras, por lo que preferimos apoyarnos en la información más fiable proporcionada por la Base de Datos de Cinep.

⁴ En términos de demandas le siguen las políticas (122), los incumplimientos de pactos o leyes (110), la exigencia de tierra y vivienda (48), los servicios sociales (75) y servicios domiciliarios e infraestructura (63).

⁵ Ocurridas precisamente al año de la masiva marcha contra las Farc, que hoy pocos recuerdan pero que el Secretariado de esa organización no olvida.

⁶ No olvidemos que los pobladores urbanos adelantaron el 40% de las luchas del año pasado.

⁷ Las movilizaciones (marchas, demostraciones, plantones) ocuparon el 54% de las protestas, en segundo lugar estuvieron los bloqueos de vías con 17%, por encima de los paros y huelgas que solo representaron el 13% el año pasado, siendo que históricamente las últimas han sido modalidades de lucha muy visibles.